

**EL CONTEXTO DE LA JUVENTUD EN
AMERICA LATINA Y EL CARIBE:
INTERROGANTES, BUSQUEDAS,
PERSPECTIVAS**

Bernardo Kliksberg

INDICE

I. UNA SINGULARIDAD MARGINADA

II. EL ESCENARIO SOCIOECONOMICO

- A. *Más jóvenes por debajo de la línea de la pobreza***
- B. *El desempleo juvenil multiplica el general***
- C. *La región más desigual de todas***
- D. *Un tema crucial la familia***
- E. *Educación: ¿oportunidad o ilusión?***
- F. *Una anotación sobre conectividad***
- G. *Salud para jóvenes: los interrogantes abiertos***

III. ALGUNOS CUADROS PROBLEMATICOS

- A. *Los jóvenes excluidos***
- B. *Los jóvenes rurales***
- C. *El círculo vicioso “exclusión social-maternidad adolescente”***
- D. *La “trampa de hierro intergeneracional”***

IV. ACERCA DE MITOS

- **PRIMER MITO. Es una juventud sin inquietudes**
- **SEGUNDO MITO. No se esfuerzan lo suficiente**
- **TERCER MITO. Tienen tendencia a la conflictividad, e incluso a la violencia.**

V. LAS SALIDAS

NOTAS

REFERENCIAS

I. UNA SINGULARIDAD MARGINADA

Con frecuencia sólo aparecen como una referencia marginal en medio de discursos o análisis más amplios, como una nota a pie de pagina, como una mención simpática. Merecen mucho más que eso. Los jóvenes latinoamericanos son cerca del 40% de la población de la región. Pero no es sólo su peso cuantitativo, son el mayor agente de cambio potencial. Tienen una más alta disposición que cualquier otro sector social a comprometerse con causas nobles, con ideales, con retos colectivos. Están casi expectantes de ser convocados para ello.

Al mismo tiempo tienen una facilidad especial para ingresar en el cambio tecnológico acelerado que caracteriza el siglo. Han nacido en la nueva cultura de los ultra cambios, las revoluciones tecnológicas continuas, donde la computadora y el internet son partes de la forma de vivir. Tienen flexibilidad, plasticidad, ansias de participar en innovaciones.

Por otra parte la medida en que se les forme, el estímulo que se les proporcione para participar, los valores que reciban, los modelos de referencia que influyan en ellos, estarán conformando los ciudadanos que van a decidir con su actividad o pasividad la calidad de los sistemas democráticos latinoamericanos.

Sin embargo, se los toma como una etapa transitoria de la existencia, que no merecería mayores análisis diferenciados, ni políticas específicas.

Es un error que puede tener costos considerables. Han nacido en una América Latina concreta, las de los 80 y 90, inmersa en procesos históricos diferentes de los de décadas anteriores, y en un mundo que en las ultimas décadas ha sufrido transformaciones de enorme envergadura en lo político, lo económico, lo tecnológico, lo cultural, y lo social. Su vivencia histórica es por ende diferente de las de generaciones anteriores, e incide todos los días en sus dilemas, búsquedas, y conductas.

La aceptación de su especificidad, de la necesidad de indagar que piensa, siente, y porque actúa como actúa esta juventud vista con frecuencia desde la desvalorización, y la alarma por su posible conflictividad, es una necesidad imperiosa para no seguir cometiendo errores en su abordaje, y construir caminos que permitan movilizar su inmenso potencial.

Así como debe evitarse perder la especificidad de la juventud, es necesario superar un segundo error de alta persistencia. Generalizar sobre ella. Es imprescindible juntar una mirada de conjunto sobre vivencias historias colectivas, con un análisis desagregado. En una América

Latina como la de los últimos 25 años, en donde se han desarrollado esperanzadores procesos de democratización pero al mismo tiempo gruesos sectores de la población se hallan por debajo de la línea de la pobreza, y las desigualdades históricas se han acentuado, hay distintos “circuitos de vida” juveniles.

Ilustrando lo que pueden significar las disparidades de la región un reciente informe del PNUD (2004) sobre México informa que coexisten municipios con niveles de vida similares a los más avanzados del planeta, con otros donde predomina la extrema pobreza. Así la Delegación Benito Juárez en el Distrito Federal tiene un índice de desarrollo Humano comparable con el de Alemania, España o Italia, en cambio el municipio de Metlatonoc en el Estado de Guerrero tiene un índice inferior al de Guinea, Benin, y Tanzania. No es lo mismo para un joven nacer en uno u otro municipio. No es lo mismo vivir en una zona rural a hacerlo en un centro urbano. No es lo mismo formar parte de una familia ubicada en el 20% de mas ingresos, a nacer en el 30% de ingresos inferiores. Es muy diferente integrar la clase media alta a ser clase media en descenso “nuevo pobre”. Es distinto socioeconómicamente ser blanco, que negro o indígena. Incluso el género sigue importando de modo significativo. Un análisis realista debe indagar necesariamente estos diversos destinos de joven que dar lugar a vulnerabilidades, riesgos, y oportunidades muy diferentes, y a reacciones particulares en términos de estrategias de vida.

Partiendo de estas coordenadas el presente trabajo persigue aportar al debate necesario sobre los jóvenes latinoamericanos y su futuro al que ha convocado pioneramente la Fundación Kellogg, en su 75 aniversario, presentando elementos de juicio sobre algunos aspectos claves.

En primer lugar se propone reconstruir ciertos aspectos del escenario económico y social global de la región con alta incidencia sobre los jóvenes, marcando algunas de los impactos del mismo en su vida cotidiana. En segundo termino, procura poner a foco algunos de los cuadros problemáticos más agudos que se están generando. En tercer término encara ciertos mitos circulantes sobre los jóvenes que simplifican y distorsionan la percepción de la realidad, y traban la identificación de soluciones efectivas.

Por último se extraen conclusiones finales, y se señalan algunas de las políticas que podrían mejorar estructuralmente la situación.

El actual es un momento histórico muy indicado para renovar la discusión sobre la juventud y pasar de clichés a datos objetivos, y análisis en profundidad. En el terreno político hay un fuerte movimiento hacia la democratización desde las bases de la sociedad civil, que tendrá

mucha más fuerza si logra obtener la participación masiva de los jóvenes. En el campo económico se ha creado una “ventana de oportunidad “ al reducirse significativamente las tasas de fecundidad de la región, y descender la presión demográfica. En lo social, la sociedad está poniendo en el centro de la agenda pública la necesidad de priorizar de una vez la lucha contra la pobreza y la desigualdad, que tienen entre sus víctimas preferidas a los jóvenes.

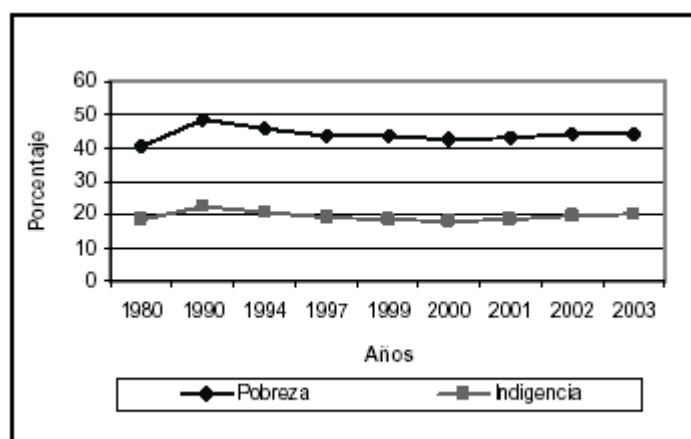
II. EL ESCENARIO SOCIOECONOMICO

La década de los 80 fue denominada la década perdida para el desarrollo de América Latina por su bajos niveles de crecimiento, y el aumento de la pobreza. Los 90 fue llamada la década perdida para la equidad, por la explosión de desigualdad que la caracterizo. El último quinquenio 1998/2003 fue llamado “la media década perdida” por los deterioros que se produjeron en indicadores básicos. La recuperación del 2004 remedio en muy pequeña proporción las tendencias anteriores. En ese cuadro global algunas de los desarrollos de mayor peso en la vida colectiva, y en la situación de los jóvenes han sido los que se reseñan esquemáticamente a continuación.

A. Más jóvenes por debajo de la línea de la pobreza

Con oscilaciones la región ha mantenido desde inicios de los 80 altos niveles de pobreza y una tendencia persistente a su crecimiento absoluto y en algunos casos relativo. Lo mismo ha sucedido con la pobreza extrema. Puede apreciarse ello en el gráfico siguiente:

Gráfico 1
Incidencia de la pobreza y de la indigencia en América Latina 1980-2003
(personas en %)



Fuente: CEPAL, Panorama Social de América Latina, 1996-2003.

La pobreza que era en 1980 muy elevada, 40% de la población alcanzó en el 2003, un nivel relativo aun mayor 44%. Entre el 2000 y el 2003 el número de pobres creció en 20 millones, y se deterioró aun más la calidad de la pobreza por cuanto 14 millones de ellos fueron indigentes, personas ubicadas en la extrema pobreza.

Los jóvenes a pesar de sus supuestas ventajas relativas en términos de adaptabilidad a las nuevas tecnologías y flexibilidad fueron fuertemente impactados por el aumento de la pobreza. Entre el 90 y el 2002 el número de jóvenes pobres subió en 7 millones 600,000 llegando a 58 millones. Los indigentes jóvenes subieron en 800.000 llegando a 21 millones 200.000.

Los jóvenes pobres representaban en el 2002 el 41% de todos los jóvenes, y los jóvenes indigentes el 15% de todos los jóvenes.

Las cifras de las mujeres jóvenes eran 2.7% mayores que las de los hombres en cuanto a pobreza y 1.3% peores en indigencia.

Entre otros casos en un país con tanto potencial económico como la Argentina las políticas de los 90 precipitaron en la pobreza a millones de jóvenes. En el 2003 el 54% de todos los jóvenes entre 14 y 22 años eran pobres. En Panamá según el Informe Nacional de Desarrollo Humano 2002 (Castillo, 2003) el 57% de los pobres eran menores de 20 años.

Las distancias entre los jóvenes rurales y los urbanos eran muy pronunciadas, como puede apreciarse en el siguiente cuadro:

Cuadro 1
América Latina (13 países) incidencia de pobreza e indigencia urbana y rural alrededor de 2002
(en porcentajes)

	Población joven		Población total	
	Urbana	Rural	Urbana	Rural
<i>Pobreza</i>				
Promedio ponderado	33,4	54,6	34,9	57,9
Promedio de países	37,3	55,6	40,7	59,9
Indigencia				
Promedio ponderado	8,9	27,9	10,7	33,4
Promedio de países	13,0	33,2	16,0	38,2

Fuente: CEPAL (2004). La Juventud en Iberoamérica. Sobre la base de procesamientos especiales de las encuestas de hogares

Más de la mitad de los jóvenes rurales eran pobres, y más de uno de cada cuatro indigente.

Asimismo en los jóvenes negros y en los jóvenes indígenas las cifras eran muy superiores a los promedios generales.

B. El desempleo juvenil multiplica el general

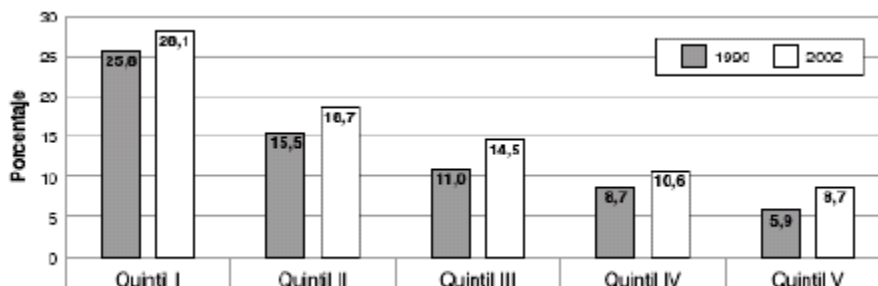
La tasa abierta de desempleo subió pronunciadamente en las últimas dos décadas pasando de 6.1% en 1980, a 8.3% en 1990, y a 10.9% en el 2000. Pero el ascenso fue aun mayor en los grupos jóvenes a pesar de sus supuestas ventajas relativas. El mercado de trabajo se hizo cada vez más inaccesible para amplios sectores de los mismos.

Según los estimados de Abdala (2002) en el 2000 el desempleo entre los jóvenes de 15 a 24 años multiplicaba por 2.5 el elevado desempleo general. Si se toma el grupo de jóvenes de 15 a 19 años la situación era aun peor lo cuadruplicaba. Según los datos de la Organización Iberoamericana de la Juventud (Chillan, 2004) el desempleo de los jóvenes es cinco veces mayor al de los adultos mayores de 45 años. De acuerdo a sus estimado de cada 100 nuevos contratos laborales que aparecen en la región, 93 son para adultos y solo siete para jóvenes, estos últimos además en su mayoría de tiempo parcial.

Tokman (1997) realiza una observación adicional de alta relevancia. Indica que cuando hay crecimiento económico significativo las tasas de desocupación bajan, pero las de los jóvenes demoran más en hacerlo. En cambio cuando la economía se contrae, y aumenta el desempleo, la tasa correspondiente a los jóvenes sube más rápido. La expansión del desempleo juvenil es una de las “variables de ajuste” más utilizadas con las consiguientes consecuencias regresivas para ellos.

La incidencia del desempleo tenía un claro sesgo socioeconómico, como puede observarse a continuación:

Gráfico 2
América Latina (17 países): tasa de desempleo entre los jóvenes de 15 a 29 años de edad, según quintil de ingreso per cápita del hogar, total nacional, alrededor de 1999 - alrededor de 2002
(en promedios simples)



Fuente: CEPAL (2004). La Juventud en Iberoamérica. Sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los países.

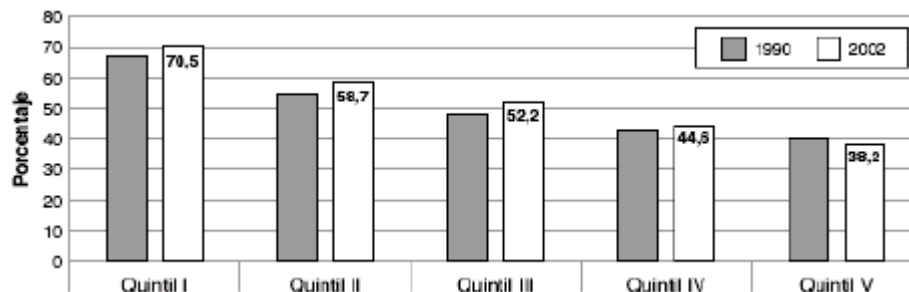
En el 2002 la tasa ascendía a 28.2% en el 20% más pobre de la población, y era en cambio de 8.7% en el 20% más rico.

Por otra parte en este último grupo un segmento significativo del desempleo deriva de su tendencia a prolongar los estudios para prepararse más para el acceso al mercado de trabajo dados los crecientes requerimientos de calificación del mismo. En el grupo más pobre se da la tendencia inversa. Empezar a trabajar cuanto antes, aun dejando los estudios para generar algún orden de ingresos. Sin embargo su tasa de desempleo igualmente triplica las del quintal más alto.

Junto al desempleo se observa entre los jóvenes un crecimiento de los empleos de baja productividad. Los conforman trabajadores por cuenta propia, sin crédito, ni apoyo tecnológico, sin inserción sólida en el mercado, vendedores callejeros, empleadas domésticas, y otras formas similares de economía informal. Estos empleos representaban en el 2000 el 69.1% de los jóvenes ocupados de 15 a 19 años, y el 49,4% de los de 20 a 24 años.

La situación es muy disímil según el quintil de ingresos como puede verificarse a continuación:

Gráfico 3
América Latina (16 países): porcentaje de jóvenes de 15 a 29 años de edad en empleos de baja productividad, según quintil de ingreso per cápita del hogar, alrededor de 1990 - alrededor de 2002
(en promedios simples)



Fuente: CEPAL (2004). La Juventud en Iberoamérica. Sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares.

Los trabajos de baja productividad casi duplican en el primer quintil más pobre a los del quinto quintil, lo que implica que los jóvenes bien preparados del mismo fueron los que cooptaron en una proporción muchísimo mayor los trabajos de alta y mediana productividad que generaron las economías de la región entre el 90 y el 2002.

Las difíciles condiciones del mercado de trabajo crearon también fuertes tendencias a la precarización laboral. Surgió un amplio sector de contrataciones fuera de las normas legales, todo orden de formas de precarización del trabajo, y se conformo un vasto segmento de personas que si bien tienen trabajo, los ingresos del mismo no les alcanzan para superar el umbral de pobreza.

Incluso los empleados en la economía formal tienen dificultades de supervivencia. Así los salarios mínimos eran en 1997, 30% menores que los de 15 años atrás (Tokman, 1997).

La incidencia de estos procesos sobre los jóvenes en un mercado tan tenso para ellos, fue de gran envergadura. Muchos de los que están empleados lo están en modalidades de este orden.

Según los cálculos de Abdala (2002) estos problemas tienen expresión más severa aun en las mujeres. La actividad laboral femenina ha crecido fuertemente pero la tasa de desempleo de la mujer es un 50% mayor que la de los hombres, y la informalidad un 12% mayor.

C. La región más desigual de todas

América Latina es descripta consensualmente como la región con las más amplias brechas de desigualdad del orbe. Las cifras de distribución fueron siempre regresivas en la región pero la situación ha empeorado aun más en las últimas décadas. Según señala un análisis reciente (Filgueira, Peri, 2004): “El nuevo modelo de crecimiento de América Latina desplaza en bloque a la mayoría de los países de la región hacia un nivel más alto de concentración del ingreso, independientemente de sus logros en materia económica”.

Efectivamente se estima que el 10% más rico es dueño del 48% del ingreso regional y el 10% más pobre sólo del 1.6%. Los índices Gini de distribución del ingreso de la región más que duplican los del mundo desarrollado, y son los peores del mundo.

En el año 2002 eran: Brasil 0.64, Bolivia 0.61, Argentina 0.59, Honduras 0.59, Nicaragua 0.58, Paraguay 0.57. Aun los más bajos Uruguay (0.46) y Costa Rica (0.49) son mayores que los peores del Sudeste Asiático y de Europa Oriental.

La desigualdad latinoamericana no sólo se expresa en la distribución de ingresos. Recorre todas las dimensiones de la estructura social. Los índices de Gini de acceso a la propiedad de la tierra son aun peores que los de distribución del ingreso. Es asimismo profundamente inequitativa la posibilidad de acceso al crédito. Las pequeñas y medianas empresas reciben menos del 5% del crédito otorgado por el sistema financiero a pesar de ser las principales empleadoras de la región.

Son desiguales los indicadores vitales más básicos del campo de la salud como la mortalidad infantil, la mortalidad materna y la esperanza de vida. Mientras que sólo 10 de cada 1000 niños mueren en Costa Rica antes de cumplir cinco años, la tasa asciende a 99 en Bolivia, y a 146 en el quintil más pobre de su población. La proporción es 52.1 de cada mil en República Dominicana, 47.3 en Honduras, y 44 en Nicaragua. Se estima que 300.000 niños menores de cinco años mueren cada año en América Latina y el Caribe de enfermedades que son fácilmente evitables o que pueden ser tratadas.

Es altamente desigual el acceso a educación de buena calidad. Asimismo hay una pronunciada brecha digital. (1).

Todo ello tiene plena expresión en los sectores jóvenes de la población. Los “circuitos de vida” son totalmente diferentes según el estrato social al que se pertenezca. Los sectores de

estratos altos pueden aspirar a tener niveles educativos, de salud, trabajos, vivienda, semejantes a los de jóvenes de países desarrollados. Del otro lado, los jóvenes más pobres ven su vida drásticamente marcada por la falta de oportunidades que presente la sociedad. Deben trabajar desde temprana edad, sus posibilidades de cursar estudios primarios y secundarios son limitadas, tienen riesgos significativos en salud, no tienen red de relaciones sociales que pueda impulsarlos, no hay crédito para ellos, su inserción laboral es muy problemática, difícilmente logran quebrar la situación de privación de sus familias de origen.

En sociedades como las latinoamericanas donde se ha profundizado la desigualdad, la movilidad social ha tendido a congelarse. Amplios estratos de las clases medias se han visto en peligro. El afán de los jóvenes no ha estado concentrado como en décadas pasadas en ascender socialmente, sino en ayudar a sus grupos familiares a sobrevivir y no empobrecerse. Ello ha llevado a dejar estudios universitarios, salir a trabajar a edades más tempranas, y en oportunidades ha conducido finalmente a la migración. En el 2000 se estimaba que en EEUU vivían 1.900.000 jóvenes de América Latina y el Caribe.

Son en sociedades muy polarizadas, diferentes vías de vivir la juventud, en muchos casos reprimidoras de sus potenciales, y causantes de fuerte angustia y sufrimiento personal.

Por otra parte, su coexistencia, la percepción de que al mismo tiempo que hay jóvenes que están casi al borde de la desesperación, hay quienes no saben que hacer con los medios incontables a su disposición, crea fuertes tensiones hacia el interior de la sociedad, que buscan salida.

D. Un tema crucial la familia

¿Cómo impactan los desarrollos anteriores a la familia?. Ella sigue constituyendo la unidad esencial para los jóvenes. Múltiples investigaciones recientes han corroborado su peso fundamental en la afectividad, la salud psíquica, el equilibrio emocional, la madurez, la inteligencia emocional, la capacidad de aprendizaje, y otras áreas claves.

Los jóvenes latinoamericanos siguen claros respecto a su importancia.

Las encuestas de hogares del año 2002 indican que la gran mayoría de los jóvenes de 15 a 29 años viven en sus familia de origen. La estructura de esas familias es la que sigue:

Cuadro 2
América Latina (17 países): tipos de familia y hogar que tienen
los jóvenes entre 15 y 29 años, 1999-2002
(en promedios simples)

	Tipos de hogar/familia					Total
	Nuclear	Extendida	Compuesta	Unipersonal	Hogar sin núcleo	
Total jóvenes 2002	58,0	33,5	3,3	1,1	4,2	100
Total jóvenes 1999	57,2	34,6	2,9	1,0	4,2	100
Total hombres 2002	58,4	32,2	3,1	1,5	4,8	100
Total hombres 1999	57,5	33,5	2,9	1,5	4,6	100
Total mujeres 2002	57,5	34,7	3,4	0,7	3,7	100
Total mujeres 1999	56,9	35,7	2,9	0,6	3,8	100
Total jefes 2002	69,4	10,6	1,7	9,1	9,2	100
Total jefes 1999	68,3	11,6	1,8	9,0	9,4	100
Total jefes hombres 2002	73,3	9,9	1,8	7,8	7,2	100
Total jefes hombres 1999	72,5	11,1	1,7	7,8	7,0	100
Total jefas 2002	52,0	14,1	1,5	14,3	18,1	100
Total jefas 1999	48,5	14,5	2,0	14,6	20,4	100

Fuente: CEPAL (2004). La Juventud en Iberoamérica. Sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los países respectivos.

A pesar de sus detractores la familia nuclear sigue constituyendo el 58% de las familias de la región. Sumándoles las familias extendidas ambas representan el 91.5% de todas las familias.

Viven con su familia de origen el 87.7% de los jóvenes de Chile, el 84% de Colombia, el 68.8% de Bolivia, y el 80% de México. Los periodos de permanencia en la familia no se han reducido sino aumentado, lo que puede estar ligado entre otras razones a las dificultades de inserción laboral.

Las encuestas indican terminantemente el gran valor que los jóvenes otorgan a su núcleo familiar. Frente a su desconfianza en numerosas instituciones de la sociedad, la familia ha permanecido como su reducto afectivo, el lugar donde pueden expresarse a plenitud, donde pueden volcar sus confidencias, y encontrar guía y orientación.

Confían particularmente en su madre, a continuación en su padre, y hermanos. El 33.5% de los adolescentes y jóvenes bolivianos cuentan sus problemas a sus madres, un 13,3% a sus hermanos, y un 9.6% a sus padres. En los jóvenes chilenos un 56.5% son confidentes con sus madres, un 24.2% con sus hermanos, y un 23.6% con sus padres.

En contra de la imagen de conflictividad de las nuevas generaciones con sus familias estos son los datos concretos de cómo perciben su relación con sus padres los jóvenes de México y Bolivia:

Cuadro 3
México y Bolivia: percepción de la relación con los padres
(en porcentajes)

	México		Bolivia ^{a/}	
	Padre	Madre	Padre	Madre
Buena	73,7	88,9	77,4	90,2
Regular	15,3	7,9	17,0	8,5
Mala	1,8	1,1	4,5	0,9
Otro ^{b/}	9,2	2,1	-	-

Fuente: Encuestas de juventud de ambos países. Incluido en CEPAL (2004), La Juventud en Iberoamérica.

a/ En la encuesta boliviana se han agrupado las categorías “muy buena”/“buena” en “buena”, “mala”/“pésima” en “mala”.

b/ Incluye las categorías “no convivo con él/ella”, “no especificado” y “no existe información” que se encuentran en la encuesta mexicana.

Como se advierte las relaciones son de una altísima positividad. Sólo un muy pequeño porcentaje inferior al 2% en México, y al 5% en Bolivia tiene malas relaciones con su padre y la cifra desciende al 1% respecto a la madre.

¿Qué valoran los jóvenes de su familia?. El apoyo y el cariño aparecen en diversas realidades como las de México y Chile como aspectos centrales. Las encuestas indican también que los jóvenes ven a la familia como espacio armónico en donde los conflictos se solucionan principalmente a través del diálogo.

Una de las inequidades mayores que se presentan en la región, silenciosa, casi inadvertida, es la pronunciada desigualdad en poder acceder a estos beneficios únicos que devienen del núcleo familiar.

La pobreza puede tensar y destruir familias. El “stress socioeconómico” que significa la desocupación permanente, la precariedad, el hacinamiento endurecen en extremo el clima familiar.

El papel del padre como aportante de ingresos importantes, puede verse totalmente erosionado cuando no logra acceder a un trabajo permanente, y su autoridad familiar se deslegitima. En esas situaciones, desocupados, con pocas perspectivas laborales, y sintiendo que la familia espera de él algo que no puede dar, y que está perdiendo su rol, en diversos casos se “fuga” de la familia. Aparece allí una figura muy usual en los hogares humildes de la región, la madre pobre sola jefa de hogar.

Esas madres la mayoría jóvenes realizan en América Latina una labor excepcional defendiendo el núcleo familiar mediante sacrificios incontables. Estimados de CEPAL indican que los montos de pobreza de la región serían un 10% mayores sino fuera por el esfuerzo inmenso de estas valerosas madres. Sin embargo no pueden suplir la carencia de modelos de referencia masculinos y de un marco familiar integrado, que tanto pueden aportar a los jóvenes.

No sólo son las familias pobres las que se destruyen. En reciente procesos de pauperización en la región, ella ha generado altísima conflictividad en los hogares de clase media convertidos en pobres en pocos años. Ese fue el caso de la Argentina en los 90. Se estima que en ese periodo más de 7 millones de personas, el 20% de la población dejaron de ser clase media para pasar a vivir por debajo de la línea de la pobreza. Se los llama “los nuevos pobres”. Según un estudio de la Universidad de Buenos Aires (Tausk, 2001) en diversas familias donde hay desocupación prolongada como sucedió en muchos de estos casos, hay una tendencia a que finalmente “el cónyuge masculino tienda a autodestruirse y destruir su núcleo familiar”.

Estas tensiones pueden afectar severamente a los jóvenes. Tanto si repercuten en sus familias de origen, como si se presentan en las nuevas familias que intentan formar.

Una expresión muy aguda de los efectos que la inequidad latinoamericana genera, es “la tasa de renuencia”. Ese indicador mide el número de parejas jóvenes que quisieran constituir una familia, pero no lo hacen por las incertidumbres económicas, la dificultad de contar con una vivienda, las bajas posibilidades de tener un empleo, y otros factores semejantes. Kazzman (1997) ha encontrado en el Uruguay una alta correlación entre descenso de los salarios reales y aumento de las tasas de renuencia.

Los grados de desigualdad de América Latina estallan en los jóvenes en este nivel elemental, el de crear situaciones muy diferenciales en cuanto a la posibilidad de formar una familia, y de llevarla adelante una vez creada.

E. Educación: ¿oportunidad o ilusión?

Existe pleno consenso en que los niveles de educación son estratégicos para los países, para las familias, y para las personas. Las tendencias estadísticas de las últimas décadas indican la superioridad competitiva de los países con mayores logros en educación, las oportunidades mejores que tienen las familias más educadas, y los ingresos diferenciales que significa contar con más capital educativo.

La CEPAL ha estimado que en las condiciones actuales se requieren 12 años de escolaridad para contar con credenciales mínimas para obtener un trabajo ubicado por encima de la línea de pobreza.

Por otra parte junto a su peso laboral, la educación aparece como una fuente de otros capitales. Los estudios indican que hay una estrecha correlación entre educación y indicadores de salud. Un mayor capital educativo permitirá el ejercicio cotidiano de una cultura de salud más avanzada. Asimismo la educación ayuda a conformar capital social. Mejores niveles educativos permitirán acceder a redes de relación más amplias y calificadas.

En definitiva la educación es para los países, las familias y las personas una forma de acumulación de gran significación para contar con oportunidades de desarrollo.

Junto a ello, no es posible dejar nunca de lado, que es un fin en si mismo. Es la vía de movilización y de realización de algunos de los potenciales más ricos del ser humano.

Todo esto tiene un significado especial para los jóvenes. Sus experiencias educativas, las posibilidades de acumular capital educativo relevante, van a condicionar en parte importante su vida laboral futura. También van a incidir en su capital de relaciones. Por otro lado la educación es para ellos su gran marco de inclusión social después de la familia. Allí entre pares forjan sus amistades, y aspectos básicos de su propia personalidad.

La ciudadanía en toda la región ha hecho de la educación uno de sus reclamos centrales. En el proceso de democratización las inversiones en este campo han ido aumentando, y se han obtenido considerables progresos en áreas como la masificación del ingreso a la escuela primaria, y el fuerte descenso de las tasas de analfabetismo.

Sin embargo, los resultados de los sistemas educativos de la región siguen muy distantes de las metas deseables. Asimismo muestran una brecha cada vez más pronunciada

respecto a los logros de los países desarrollados y de países de desarrollo medio. Mientras en los países de la OCDE el 85% de los estudiantes termina la escuela secundaria en América Latina es sólo una tercera parte. Según CEPAL (2004) tienen secundaria completa sólo el 34.8% de los jóvenes de 20 a 24 años, y el 32.6% de los jóvenes de 25 a 29 años.

Casi la totalidad de los niños ingresan actualmente en primaria pero las tasas de deserción, repetición, y atraso escolar son muy fuertes. En el 2002 la media latinoamericana de terminación de la primaria era de 66.7% y en un conjunto de países sólo llegaba al 50%.

Como consecuencia según la Organización Internacional del Trabajo en 1999 sólo el 33,6% de la población juvenil tenía más de 10 años de escolaridad, el 40.3 tenía de 6 a 9 años, y el 24,3 de cero a cinco años. En el 2002 había terminado la Universidad sólo el 6.5% de los jóvenes de 25 a 29 años.

La segmentación social de la región tiene expresiones muy agudas en el área educativa. La deserción, la repetición, y el atraso están concentrados en los sectores de menores ingresos, y se ha creado una enorme brecha entre ellos y los sectores de más ingresos.

Según estimados del BID (1998) el 10% más rico de la población tiene 12 años de escolaridad, y el 30% más pobre 5. Si se toma el 10% más pobre la brecha se amplía aun más. Tiene sólo 4 años de escolaridad.

La mayoría de los jóvenes de extracción humilde van quedando en el camino. En el 20% más pobre de la población completan la primaria sólo el 47.9%. La mitad no la finaliza. En el 20% más rico lo hace el 80.5%. En la secundaria sólo el 12% del 20% más pobre de la población logra completarla. Uno de cada diez jóvenes de extracción humilde. En el 20% más rico es el 58.2%. Finalmente sólo 0.9 del 20% más pobre termina la Universidad, uno de cada 100. En el 20% más rico la finaliza la quinta parte.

Cuando se introduce la etnicidad la situación aun es peor. La juventud indígena sufre aun más fuertemente estas exclusiones. En Guatemala la tasa de repetición en primaria entre alumnos indígenas es del 90%. En Bolivia los niños de lengua indígena tienen el doble de probabilidades de repetir que los de habla hispana (UNICEF, 2004).

Las causas de deserción responden a cuestiones muy concretas. Tienen que ver entre otros factores con la precariedad económica del marco familiar que obliga a muchos niños y jóvenes a abandonar los estudios parcial o totalmente para poder aportar algún ingreso a la

familia, con la debilidad misma del núcleo familiar para acompañar al joven, y con el escaso capital educativo del mismo. El 80% de los jóvenes de las ciudades de la región vienen de familias cuyos padres no tienen 10 años de escolaridad.

La brecha educativa al interior de la juventud latinoamericana no sólo es cuantitativa, no se trata sólo de más años de escolaridad. Tiene también importantes aspectos cualitativos. Es muy disímil el tratamiento educativo que reciben los diversos sectores como lo han documentado múltiples investigaciones. Entre otros aspectos, quienes asisten a escuelas privadas tienen más horas de clase, docentes mejor pagados, más recursos de apoyo, mejor infraestructura, que las que pueden ofrecer las escuelas públicas usuales.

Incluso al interior de la misma educación pública las diferencias pueden ser significativas. Aun aparecen en un país de alto desarrollo educativo comparado como la Argentina, y que está haciendo actualmente grandes esfuerzos por la equidad en educación. Un estudio reciente (Cippecc, 2004) señala que “los chicos de sectores sociales más desfavorecidos asisten a escuelas en peor estado edilicio y con menos acceso a computadoras y equipamiento, con docentes más jóvenes, y con menor experiencia, repiten más de grado en la primaria, tienen peores resultados de aprendizaje en el nivel medio”.

Este cuadro se repite en toda la región con mucha más agudeza aun. Los jóvenes de las áreas rurales, y de barriadas más pobres tienden a recibir una educación en condiciones generales más desfavorables, con menos horas de clase anuales, y con menores recursos de soporte. Adicionalmente, los educadores tienen ante sí una problemática mucho más exigente, como la que describe una maestra de primaria de Salta, Argentina (La Nación, 2004) llamando la atención sobre la cantidad de tareas extrapedagógicas que les corresponde desempeñar como “el control nutricional de los chicos, el de su asistencia efectiva a clase, la violencia familiar, y la de alimentarlos”.

En la situación real de una América Latina con estas cuestiones abiertas la promesa de la educación se transforma en ilusoria para amplios sectores de jóvenes. Del 60 al 80% de los jóvenes no llegan a la mínima escolaridad formal necesaria para poder acceder a los requerimientos presentes del mercado de trabajo. Su carga de aprendizajes es además débil en calidad. Esto va a reforzar de múltiples maneras las otras segmentaciones vigentes en esta región tan desigual.

F. Una anotación sobre conectividad

La internet aparece como una ventana de oportunidad para los jóvenes de inicios del siglo XXI. Les abre inmensas posibilidades de reforzar con ella su trabajo en la escuela, su caudal educativo, recibir información extracurricular que enriquezca sus bases formativas, acceder rápidamente a información laboral, capacitarse, y en general aumentar radicalmente su conectividad.

Por otra parte cuentan con ventajas comparativas muy claras sobre las generaciones mayores en esta área. Nacieron en la cultura de la internet, y sus potenciales de inserción y creatividad en ella suelen superar largamente a los adultos.

Su expansión en la región si bien distante de los promedios de los países desarrollados ha sido vigorosa. Sin embargo aquí nuevamente las segmentaciones ponen severos límites al acceso de la juventud a este instrumento que tanto puede aportar.

La estratificación de los accesos muestra la presencia de una gran brecha digital. Así por ejemplo datos recientes de Argentina (CEPAL, 2004) indican que en el 10% más rico de la población ocho de cada 10 personas tienen acceso, pero en el 10% más pobre sólo una, y en el 30% más pobre sólo tres.

El nivel de la brecha puede percibirse con toda claridad en otro indicador muy sugerente. En los estratos altos y medio altos se accede a la internet desde computadoras de propiedad del joven o su familia, en la mayor parte de los casos desde su casa. En los estratos pobres desde locales públicos donde paga por acceder.

Una política pública vigorosa que democratice las posibilidades de incorporarse al espacio virtual, abriendo oportunidades de aprendizaje, y generando una amplia red de lugares de acceso gratuito, como se hizo en otras décadas con las bibliotecas públicas, podría claramente jugar un rol fundamental en abrir este camino tan cercano a los jóvenes a muchísimos de los ahora excluidos de él.

A ella debería sumarse un fortalecimiento en profundidad de uso de las posibilidades de reforzamiento de la cobertura y ofertas del sistema educativo que puede significar la inclusión de la computadora, en el aula, y la educación a distancia.

G. Salud para jóvenes: los interrogantes abiertos

El estado de salud pública es un producto social. Está vinculado a lo que una sociedad está haciendo en campos como la creación de condiciones básicas favorables a la salud, la implementación de programas sistemáticos de salud preventiva, la generación de una cobertura de salud universal. Así como lo ha indicado Amartya Sen (1981) un problema tan esencial a la salud como la desnutrición no tiene que ver sólo con las disponibilidades de alimentos, sino con todos los arreglos sociales que permiten o dificultan que ese derecho elemental sea satisfecho.

La salud de los jóvenes latinoamericanos está inmersa en la región en el escenario socioeconómico delineado. El mismo genera condiciones de riesgo significativas para amplios contingentes de jóvenes.

Son innegables los avances en promedios de salud en el Continente ligados al progreso general en las ciencias médicas, y a esfuerzos importantes de las políticas públicas y otros sectores de la sociedad, pero sin embargo se coincide en señalar que está abierto un gran desafío: la inequidad en salud. En cuanto se desagregan los promedios se encuentran grupos de alta vulnerabilidad. En ellos los jóvenes tienen una representación desproporcionada en diversos problemas.

Hay así un perfil de riesgo de salud propio del joven pobre que constituye como se ha visto más del 40% de todos los jóvenes, otro perfil del joven de otros sectores sociales, y una distancia considerable entre ambos.

Entre los riesgos mayores que afectan a los jóvenes marginados, rurales, indígenas, y afroamericanos, se hallan los siguientes que forman parte de su vida cotidiana.

1. La pobreza incide directamente en la esperanza de vida. Las privaciones en materia de desnutrición, la vida en ambientes expuestos a todo orden de contaminaciones, las dificultades en el acceso a agua potable, los déficits de alcantarillado, la carencia de seguro médico, son algunos de los tantos factores vinculados a la pobreza que pueden generar umbrales de vulnerabilidad mucho mayores.
2. Hay una significativa correlación entre niveles de educación y esperanza de vida. En estudios en Chile (Vega, 2003) se evidencia que la diferencia en esperanza de vida entre quienes tienen entre 1 y 8 años de educación y quienes tienen 13 o más se acerca a 9 años. El mismo tipo de tendencia se corrobora en otras realidades. Además los datos indican que

este indicador va subiendo. La mayor escolaridad tiene un significado creciente en términos de prevención de riesgos de salud.

Las importantes brechas educativas entre los jóvenes antes referidas van a tener incidencia por ende en sus conductas diferenciales en materia de preservación de su salud.

3. Las madres jóvenes que son proporción importante en los sectores más humildes padecen riesgos mucho más altos que los promedios de madres de la población.

Sus niveles de desprotección durante el embarazo, y en el mismo parto son considerablemente superiores a las medias. Según datos del Banco mundial (2004) en el 20% más pobre de la población el 43% de las madres no reciben asistencia de personas médicamente entrenadas durante el embarazo, y el 60% no la reciben en el parto. Esto va a impactar las cifras de mortalidad materna en las jóvenes desfavorecidas, y de riesgos de daños en el parto. Se estima que en el 2003 murieron 23.000 madres latinoamericanas en el momento de dar a luz, proporción que multiplica por 28 los promedios de los países desarrollados.

4. Existe alarma respecto al VIH/SIDA en la región. Su incidencia en la mortalidad de jóvenes, 2,9 por cada 100.000 es objeto de preocupación. Se estima que a que esta cifra hay que adicionar que existen entre 5 y 7 portadores ceropositivos.

Entre los factores que operan se hallan algunos vinculados a la pobreza como el hacinamiento, la promiscuidad, y la instalación de grupos de la droga en zonas pobres.

Por otra parte, Si bien del 70 al 73% de la población está informada sobre la enfermedad y como se transmite, menos del 10% adopta las medidas para su prevención, lo que implica que hay un enorme trabajo a hacer en materia de educación de los jóvenes al respecto.

5. La región presenta problemas en expansión en campos como el tráfico de personas, y la prostitución juvenil. Ellas están estimuladas por intereses económicos, por el llamado "turismo sexual" y por las bandas de la droga. Destruyen miles de vidas jóvenes y entre los daños que causan se hallan una mayor vulnerabilidad frente al SIDA. Así en República Dominicana donde ha habido constantes denuncias al respecto, se observa que la tasa de mortalidad de mujeres jóvenes por VIH/SIDA es un 300% mayor que la de hombres jóvenes: 12, 2 mujeres por cada 100.000 comparado con 3,9 hombres.

6. La mortalidad juvenil en la región presenta un rasgo patológico muy especial. Está especialmente alimentada por la violencia. La mortalidad juvenil es de 134 por cada 100.000. Casi triplica la española que es de 49 cada 100.000. Se estima que de cada 100

fallecimientos de varones jóvenes 77 son atribuibles a causas violentas (CEPAL, 2004). En las mujeres son 38 de cada 100.

La región padece de una violencia juvenil de corte epidémico. Ante un fenómeno tan regresivo, y antijuvenil, corresponde evitar los tratamientos superficiales y procurar un análisis en profundidad que explore sus correlaciones con otros desarrollos claves del escenario socioeconómico como los que se han ido marcando, entre ellos los altísimos niveles de desocupación juvenil, las dificultades educativas, y la fragilidad de muchas estructuras familiares bajo el embate de los procesos de pauperización.

7. La tendencia a la privatización de servicios de salud, y la reducción de las coberturas públicas ha dejado a muchos jóvenes librados a las posibilidades de cobertura que puedan proveer sus núcleos familiares, o que ellos puedan adquirir por sí mismo. En núcleos familiares agobiados por múltiples restricciones económicas la salud es uno de los gastos que tienden a reducirse marcadamente. Por otra parte, jóvenes con las dificultades de inserción laboral antes mencionadas, tienen serios problemas para poder dedicar recursos a comprar coberturas. Todo ellos los deja en alta vulnerabilidad.

8. Normalmente los análisis sobre salud de los jóvenes se han centrado en aspectos físicos. Se deja así de lado que los jóvenes necesitan con frecuencia apoyo en lo psicológico. En situaciones tan “duras” en términos de restricciones de oportunidades, supervivencia, tensiones continuas como las que derivan del contexto económico, actual la demanda latente por ayuda psicológica es potencialmente mucho mayor. Sin embargo, ese orden de cobertura hacia los jóvenes ha sido fuertemente relegado en toda la región, y no aparece siquiera como prioridad.

En su conjunto la situación en salud juvenil se caracteriza por la presencia de amplios sectores de jóvenes con dificultades potenciales o explicitadas de salud de corte bien específico, que son escasamente focalizadas por las políticas oficiales de salud, y por la sociedad en su totalidad.

Sólo se atienden como corresponde cuando explotan, pero no se les da reconocimiento debido en términos de políticas preventivas sistemáticas, con metas extendidas en el tiempo.

Las tendencias sumariamente trazadas en materia de pobreza, desocupación, desigualdad, educación y salud, generan dificultades cotidianas para desarrollar sus potencialidades a muchísimos jóvenes latinoamericanos.

Conducen en diversos casos a cuadros problemáticos que no tienen su explicación en decisiones o conductas de los jóvenes sino en el modo en que estas tendencias condicionan severamente sus ámbitos de opción. Se examinan a continuación algunos de ellos. Testimonian la imprescindibilidad de poner en marcha con toda fuerza políticas coherentes que destraben los graves “bloques de oportunidades” que los generan.

III. ALGUNOS CUADROS PROBLEMATICOS

Muchos jóvenes latinoamericanos llegan hoy a verdaderos “callejones sin salida” en aspectos claves de su existencia transformándose en “problemas” para la sociedad. Detrás de estos “problemas” se hallan jóvenes con todo tipo de posibilidades a los que los modos de funcionamiento de los contextos nacionales han colocado en situaciones muy difíciles.

Entre algunos de los cuadros problemáticos se hallan los que se describen someramente.

A. *Los jóvenes excluidos*

Millones de jóvenes latinoamericanos están fuera del mercado de trabajo, y al mismo tiempo fuera del sistema educativo. Los estimados indican que esa es la situación del 23.6% de los jóvenes de 15 a 29 años de edad, uno de cada cuatro jóvenes son por ende excluidos sociales. Un estudio en base a encuestas de hogares de 15 países constata que entre los jóvenes de 15 a 24 años, los que no estudian ni trabajan representaban entre el 12 y el 40% en los hogares pobres (CEPAL-CELADE 2000). Entre otros en un país como la Argentina se estimaba en el 2002 que más de 400.000 niños y adolescentes abandonan anualmente sus estudios, y que un millón de jóvenes de 15 a 19 años estaba fuera del sistema escolar (Pepe, 2004).

La categoría de exclusión tiene una dimensión económica. Implica que no reciben ingresos o lo hacen muy esporádicamente, con lo que tienen serias dificultades de supervivencia. Significa que no logran iniciar una vida laboral, con lo que no están expuestos a experiencias de aprendizaje, y crecimiento productivo. Al mismo tiempo su red de relaciones posibles se estrecha fuertemente dado que el trabajo es lugar fundamental para nutrirla.

A todo ello se agrega un plano fundamental. Los jóvenes están en pleno proceso de tratar de afianzar su autoestima. La marginación social, atenta directamente contra ella. En lugar

de fortalecerse se debilita. Ello va a generarles problemas psíquicos, de conducta, y de relacionamiento.

En un riguroso trabajo sobre los efectos de la desocupación prolongada el Premio Nóbel de Economía Robert Solow (1995) señala que los economistas convencionales se equivocan cuando la analizan como un mero problema de ajuste de la oferta a la demanda. Suponen que los que quieren trabajo, insistirán, bajaran sus pretensiones salariales cada vez más, y finalmente oferta y demanda se encontrarán.

Solow muestra que en la realidad las personas sufren, y se retraen del mercado de trabajo, porque tienen miedo a ser rechazados una y otra vez, en momentos en que su autoestima ya está muy debilitada. Incluso se apartan socialmente para no sentirse avergonzados y disminuidos en grupos sociales donde otros tienen trabajo.

En el caso de los jóvenes todos estos efectos se acentúan. Están iniciando la constitución de personalidades integradas, y la exclusión los priva de los estímulos, aprendizajes, y reconocimientos necesarios, y atenta contra su integridad psicológica, y su misma dignidad.

Los jóvenes marginales urbanos quedan “aislados”. A ellos se suma con frecuencia la debilidad que tiene su núcleo familiar. Como se ha visto la pobreza incide sobre la generación de familias desarticuladas.

Sin modelos de referencia e identidad fuertes a nivel familiar, y a nivel de trabajo, quedan librados al encuentro en las calles con otros jóvenes ubicados en situaciones similares.

Los estudios sobre las “maras” los grupos delincuenciales juveniles que se han extendido en diversos países Centroamericanos, y que integran cientos de miles de jóvenes, informan que cuando se les preguntan sobre porque ingresaron a grupos donde su vida corre peligro serio, suelen contestar que es el único lugar de la sociedad en donde se los admite.

La exclusión social, junto con la desarticulación familiar, colocan a un sector de la juventud de la región, en una situación de “jóvenes acorralados” que puede empujar su inserción en el mundo de las maras, y del delito y convertirlos en víctimas propicias para las mafias de la droga.

Es fundamental ver la génesis del problema, y no sólo sus síntomas finales para poder enfrentarlo adecuadamente. Un reciente informe de la UNICEF y la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (Diciembre, 2004) producto de observaciones de campo en Guatemala, El Salvador, y Honduras previene al respecto.

Advierte sobre la información sesgada de los medios en relación a las maras que produce una estigmatización social generalizada de los niños, niñas, y adolescentes pobres en varios países de Centroamérica. Destaca que ese manejo sesgado genera en la opinión pública miedo y rechazo que se traduce en estigmatización y discriminación social de los niños y adolescentes pobres.

Señala que “las políticas estatales en la materia deben dirigirse a la satisfacción de necesidades fundamentales, a la creación de oportunidades de vida y al respeto a los derechos civiles y políticos incluyendo el derecho a un juicio justo”. Resalta que muchos de los integrantes de las pandillas pertenecen a los sectores más pobres de la población por lo que no tienen acceso a educación, alimentación, habitación, salud, seguridad personal, protección familiar y posibilidades de trabajo. Describe que “ante tal situación algunos optan por incorporarse a las maras en busca de protección, apoyo y respeto. Luego tienden a vivir juntos en comunidades urbanas con el objetivo declarado de cuidarse y defenderse mutuamente”.

Reclaman finalmente que “este problema no se puede abordar únicamente desde la perspectiva de la seguridad pública”.

En otro contexto otra expresión diferente de juventud excluida “los piqueteros” en la Argentina expresaban esta necesidad profunda de que se ataquen las causas últimas de su situación reclamando en una reciente manifestación en Buenos Aires (Clarín, Diciembre 2004): “trabajo genuino para la juventud, programas de capacitación laboral y de alfabetización, reinserción escolar, trabajo comunitarios, becas de estudios, y comedores y boletos para el transporte para que los jóvenes puedan estudiar”.

B. Los jóvenes rurales

La situación del joven rural suele ser otra expresión de los “callejones sin salida”. Como ya se refirió las tasas de pobreza rural de la región superan ampliamente a las urbanas. Por otra parte, los jóvenes rurales se incorporan antes a trabajar que los urbanos. Ello incide en sus posibilidades educacionales. Los niveles de deserción y repetición escolar son mayores. La

escolaridad promedio es reducida. Las tasas de desocupación rural son más altas aun que las urbanas.

La situación genera una continua expulsión de jóvenes hacia las ciudades. Allí les resulta muy difícil insertarse por su escaso bagaje educacional, y porque sus experiencias son muy diferentes de las competencias que están demandando los mercados de trabajo urbanos.

C. El círculo vicioso “exclusión social-maternidad adolescente”

La tasas de fecundidad adolescentes de América Latina son superiores a las medias internacionales. La fecundidad de las mujeres de 15 a 19 años de edad era a inicios de los 90 de 82 a 84 por mil, frente al 50 por mil mundial, y 10 por mil en España. Habría descendido posteriormente pero sigue siendo muy alta en términos comparativos.

La incidencia mayor se da en los estratos más pobres de la población. En el 25% más pobre de la población de la región, uno de cada tres nacimientos son de madres adolescentes. En las áreas rurales esa proporción es aun mayor 40%.

Existe asimismo una alta correlación entre baja educación y propensión a la maternidad adolescente. Entre las jóvenes urbanas con menos de seis años de educación la cifra promedio de un tercio, sube a un 40%.

Hay un círculo perverso en activo funcionamiento tras esta otra modalidad de “callejón sin salida”. Las jóvenes pobres con escolaridad muy limitada tienen muchas más probabilidades de caer en el embarazo adolescente. Entre otros aspectos, sus insuficiencias educativas limitan sus recursos para evitarlo y prevenirlo. El ser madres adolescentes lleva a que abandonen los estudios, reduciéndose entonces fuertemente sus chances laborales. Las madres pobres adolescentes tienen un 25 a un 30% menos de escolaridad que las jóvenes pobres de su misma edad.

Por otra parte el perfil familiar que conforman es de alta debilidad. Sus parejas con frecuencia las abandonan, e incluso no comparten los costos del embarazo y el parto. Los matrimonios no llegan a constituirse. Quedan como familias incompletas, y madres solteras.

Las jóvenes se integran en esa condición a su familia de origen afectada por la pobreza, o se convierten en madres pobres solas jefas de hogar. Han salido de la pobreza, y vuelven a condiciones que hacen muy difícil superarla. El círculo se completa.

D. La “trampa de hierro intergeneracional”

El paso más elemental hacia poder mejorar las condiciones de vida de una generación a otra está en el progreso educacional. La educación no asegura la inserción en el mercado de trabajo cuando el mismo tiene las características del latinoamericano. Así se estima que en el 2002 aun entre el grupo de jóvenes de 15 a 29 años de edad con 13 y más años de escolaridad, el 19% trabajaba en empleos de baja productividad. Sin embargo, aunque no garantiza, un nivel de escolaridad de por lo menos 12 años, aparece como una condición imprescindible. Es una condición básica de la “empleabilidad”.

En la América Latina de las últimas décadas se observa una gran rigidez en los estratos más pobres en que los jóvenes puedan superar los limitados logros educativos de los mayores. Sólo uno de cada cinco jóvenes de padres que no completaron la primaria logra terminarla, los otros cuatro no. Reproducen las carencias de sus padres. Ello va a pesar severamente en su porvenir. Se calcula que según el país entre un 72 y un 96% de las familias en situación de pobreza y pobreza extrema vienen de hogares cuyos padres han tenido menos de nueve años de estudio.

Está operando así de hecho una “trampa de hierro”. La pobreza familiar lleva como ya se ha visto a trabajo temprano, deserción, repetición, poco rendimiento escolar que a su vez van a significar que los jóvenes acumulen un capital educativo muy reducido no superior al de su entorno familiar anterior, creando de hecho condiciones para que el mismo ciclo continúe en las familias que formen.

Sólo políticas públicas agresivas que enfrenten directamente las inequidades en educación pueden enfrentar un problema de estas características.

Por ejemplo la que termina de adoptar el Ministerio de Educación de la Argentina, al emprender un gran programa de alfabetización que se propone en un tiempo corto enseñar a leer y escribir a los 700.000 analfabetos que existen en el país, que incluyen amplios sectores jóvenes, empleando recursos dinámicos y las vías que puedan ser las más indicadas para llegar a cada uno de ellos. Entre ellas modalidades que concilien el proceso de aprendizaje con la necesidad de trabajar.

IV. ACERCA DE MITOS

La posibilidad de encarar cuadros problemáticos como los referidos, y en general de abrir paso a las potencialidades de los jóvenes latinoamericanos requiere en primer término de una mirada que se acerque a los jóvenes tratando de comprender sus singularidades, sin marginarlas, y que procure identificar las causas estructurales de los problemas.

La mirada usual ha tendido a no incluir en la agenda pública sus problemas básicos, salvo cuando perjudican significativamente a otras áreas de dicha agenda, y se ha conformado con razonar sobre los jóvenes en términos de ciertos “mitos” generalizantes, y sin evidencia que permita constatarlos.

Ellos obscurecen el camino a realmente “comprender” que sucede con los jóvenes de la región, y despejarlos parece ser una vía ineludible para dar pleno paso a políticas y propuestas renovadoras. Veamos algunos de ellos.

PRIMER MITO. Es una juventud sin inquietudes

Un mito de amplia circulación es el que razona en términos de que los jóvenes de hoy no “tienen inquietudes”. Se los denomina en función de él: pasatistas, superficiales, frívolos. Se compara su supuesto vacío de inquietudes con generaciones anteriores, y se les deja sólo la esperanza de que quizás cuando sean adultos la situación pueda variar.

El mito como suele suceder con construcciones de este orden no hace desagregaciones mayores. Incluye a los jóvenes de todas las condiciones sociales, y características. Pueden diferir en mucho pero este sería un rasgo uniforme de la “juventud de hoy” como suele llamársela.

Entre las referencias más usuales para fundarlo se hace referencia a la poca participación política, al bajo interés cultural, a la aidez por vivencias inmediatas.

Los estudios de campo sobre la juventud de la región señalan que la situación real es mucho más compleja. Indican que buena parte de la sociedad de la región desconfía de la política, que ha perdido credibilidad. Los jóvenes se hallan a la cabeza de esta incredulidad. Ello tiene que ver con las mismas causas que esgrime la sociedad, entre ellas el alejamiento entre las promesas electorales y las realidades, las prácticas clientelares, las denuncias sobre

corrupción, y otros factores. Es natural que los jóvenes sean los primeros en rebelarse contra estos desvíos.

Por otra parte, la problemática misma de la juventud ha tenido muy limitada representatividad en la política, y la inclusión de líderes realmente representativos de los jóvenes ha tendido a ser restringida. Se necesitan prácticas políticas de nuevo cuño, inspiradoras, y presididas por la ética para volver a capturar el interés juvenil. Cuando ellas se dan, el mismo surge.

Las encuestas muestran que sectores importantes de los jóvenes canalizan su participación actual por otras vías. Hay un aumento de la asociatividad religiosa, la generación de nuevas formas de asociatividad en el espacio virtual, y de modalidades asociativas de nuevo cuño de tipo informal.

Por otra parte expresiones culturales como la música tienen una excepcional capacidad de convocatoria en los jóvenes. Normalmente a través de cultores que representan sus sentimientos, en la mayor parte de los casos a su vez jóvenes. También, el deporte es un marco muy buscado.

La supuesta falta de inquietudes esconde muchas veces en el fondo una búsqueda de causas válidas. En cuanto ellas aparecen los jóvenes están. Esto es muy visible en el voluntariado. Allí el joven tiene una meta clara, cumplir el precepto bíblico fundamental de la solidaridad, se pueden lograr objetivos concretos en corto lapso y hay transparencia. Dirigentes y participantes están movidos por móviles similares de servicio. Las organizaciones suelen ser abiertas, y con alta horizontalidad.

Cuando hay propuestas voluntarias significativas que llegan directamente a ellos, los jóvenes latinoamericanos han demostrado una alta receptividad. Encabezaron en los últimos años la cruzada contra el hambre en Brasil de Betinho que congregó a más de 60 millones de personas, la acción de Caritas en la Argentina del 2000 al 2002 contra la pobreza que dio protección a 3 millones de personas en base a 150.000 voluntarios, el programa servicio país en Chile, y a todo lo largo del Continente, no sólo participaron en grandes organizaciones de ayuda, sino que generaron silenciosamente en muchos casos sin apoyo alguno, innumerables redes, y organizaciones de base.

SEGUNDO MITO. No se esfuerzan lo suficiente

Según el mito la de hoy sería una juventud inclinada al “facilismo”, en cuanto se requieren esfuerzos mayores no los realiza. Tampoco les atrae ser emprendedores, innovar, tomar iniciativas. Prefieren la vida sin exigencias. Sus fracasos se deberían en parte importante a características como esas. Las generaciones anteriores en cambio si estaban dispuestas a todos los sacrificios.

En base a razonamientos de este orden la responsabilidad de los problemas de integración y progreso económico de la juventud recaería en los mismos jóvenes. Pasan de ser problemas estructurales de mal funcionamiento de la economía y la sociedad, a resultantes de las conductas disfuncionales de un grupo o de componentes del mismo.

Cuando se compara con los hechos el mito aparece muy frágil. En diversos países de la región las generaciones anteriores se desempeñaron en los 50 y 60 en sociedades con múltiples problemas pero en crecimiento y con alta movilidad social. El estudio era una vía regia para el progreso personal. Representaba después una inserción económica significativa. Las pequeñas y medianas empresas eran factibles en mercados en crecimiento y había políticas estatales que las protegían. Las profesiones liberales tenían un campo creciente ante clases medias que se ampliaban. El Estado estaba en expansión y el empleo público era una posibilidad interesante.

En los 80 y 90 los jóvenes encontraron un ambiente muy diferente. Economías que tendían a dualizarse con sectores en modernización acelerada, y muchos otros en retroceso. Procesos de desindustrialización como el que se dio en países como la Argentina. Quiebra masiva de PYMES y concentración financiera, y económica, Reducción fuerte del rol y la dimensión del Estado cuya planta de personal fue achicándose permanentemente hasta significar en el 2000 casi la mitad en términos proporcionales que la de los países desarrollados (Carlson y Payne, 2000). Una aguda polarización social que genero entre otros impactos una reducción de proporciones en los mercados internos, cerrando caminos a diversas profesiones liberales. Una contracción de las clases medias, y de los ingresos salariales.

En muchos países la incipiente, o significativa movilidad social, fue reemplazada por una rigidez social pronunciada, y por procesos de movilidad social descendente que dieron origen a una nueva clase social: “los nuevos pobres”.

Las posibilidades de acumular capital educativo de calidad también se polarizaron como ya se ha observado.

En este ambiente, adjudicar éxitos y fracasos, a supuestos rasgos casi congénitos de inclinación al esfuerzo o a la pasividad, no responde a la realidad. Causas estructurales crearon para la gran mayoría de los jóvenes una restricción severísima en las oportunidades. Los nuevos empleos generados fueron proporcionalmente muy pocos, y los sectores ganadores en la polarización los cooptaron con facilidad por sus ventajas competitivas.

Amplios sectores de jóvenes no tuvieron mayor oportunidad de probar si estaban dispuestos a esforzarse, y generar iniciativas. La economía no les abrió paso.

TERCER MITO. Tienen tendencia a la conflictividad, e incluso a la violencia

En las sociedades de la región circula la imagen de que los jóvenes son díscolos, de conductas en muchos casos censurables, básicamente impredecibles. Es como que hubiera que “andar con cuidado” con ellos.

A esto se agrega la percepción en el caso de los jóvenes pobres de que serían “sospechosos en potencia”. Podrían llegar a tener fácilmente conductas delictuales.

Este mensaje básicamente de desconfianza contamina las políticas, las actitudes, y los comportamientos hacia los jóvenes en el aula, el mercado de trabajo, el trato de las instituciones públicas, y múltiples aspectos de la vida cotidiana. Los jóvenes a su vez lo captan, y lo resienten profundamente.

La imagen como todos los mitos no va más allá de descripciones muy generales, no explora como están viviendo los jóvenes en nuestras sociedades en este tiempo histórico y en función de ello que conductas pueden esperarse de ellos. Se queda en síntomas y referencias normalmente casuísticas, sin ahondar.

El joven latinoamericano tiene como se ha visto motivos fundados para estar “tenso”. Está inmerso en sociedades que no aceptan mayormente como importantes sus problemas, y no les dan lugar en la agenda pública. Tiene que hacer lo imposible, renunciando con frecuencia a su vocación natural para adaptarse al mercado de trabajo. Dejar de lado inquietudes e ilusiones para estudiar lo que “venda”, sea “colocable” aunque esté muy distante de aquellos que lo conmueve, y motiva. Ni siquiera esa renuncia le permite garantizar inserción. Como se vio, sus cifras de desocupación son muy superiores a las generales.

A todo ello se suma la mirada de desconfianza y desvalorización. Todo ello lo convierte en una especie de ciudadano de una categoría inferior.

Este hábitat es generador de fuertes tensiones. Es casi sano que no acepte convertirse en un ser “totalmente ajustado” a esas condiciones lesivas. Que exprese de diversos modos rebeldía. En muchos casos no termina de aceptar el plan de vida que estas condiciones sociales han dispuesto para él. Busca salirse del mismo y encontrar espacios más amplios de libertad.

En las áreas donde encuentra condiciones más saludables como su familia, responde como se ha visto en las encuestas con calidez, cariño, y volcando sus sentimientos íntimos, valorando profundamente ese entorno y comprometiéndose con él.

La mirada de desconfianza se transforma en una de sospecha directa en el caso de los jóvenes pobres. Un líder indígena joven de la Quebrada de Humauaca lo resumía señalando que allí había un delito no tipificado, lo llamo “el delito de portación de cara”. Por el solo hecho de ser indígena se producía un trato discriminatorio por parte de la policía, se pedían documentos, se los interrogaba. Y se generaban otras formas de discriminación.

Ciertamente las tasas de criminalidad juvenil han ascendido fuertemente en América Latina. El mito generaliza, asocia criminalidad con pobreza, estigmatiza a los más desfavorecidos. Además nuevamente no profundizas sobre los factores que pueden estar actuando y no discrimina.

Existen diversos tipos de criminalidad en la región. Esta la criminalidad de las bandas organizadas del narcotráfico, el secuestro, el robo de autos, las complicidades entre sistemas policiales y sistemas mafiosos. Todo ello debe merecer la mas activa respuesta de la sociedad. La sociedad debe defenderse ante estos grupos.

Pero hay una gran criminalidad joven, de adolescentes y niños, que se inicia con pequeños delitos ligados a la lucha más elemental por la supervivencia. Tiene su campo fértil en los jóvenes acorralados que están fuera de la escuela y del mercado de trabajo, que no tienen oportunidades.

Guarda correlaciones estadísticas estrechas con tres causales básicas: altas tasas de desempleo juvenil, familias desarticuladas, y bajos niveles de educación. La exclusión laboral la promueve. La familia es básica. Es probablemente la mayor unidad preventiva del delito que tiene una sociedad. Si funciona transmite a través del ejemplo diario los códigos éticos que van

a ser decisivos en la vida del joven. Los estudios comparados coinciden en concluir en realidades muy diferentes (EEUU, Uruguay) que dos terceras partes de jóvenes delincuentes vienen de familias desarticuladas, con un sólo cónyuge al frente. Por otra parte cuando aumenta el nivel de educación se reduce la criminalidad.

El mito que penaliza de antemano a los jóvenes pobres, y no los entiende ni quiere hacerlo refuerza una sola vía, la "mano dura". Ella ha conducido en diversas realidades de la región a un aumento sideral de los gastos en seguridad pública y privada, y a un sobrepoblamiento de las cárceles. A su vez las mismas son con frecuencia como se ha denunciado reiteradamente no un espacio de rehabilitación, sino de deterioro casi salvaje. No se reforma en ellas a los jóvenes sino se los degrada mucho más.

Ni el mayor gasto en seguridad, ni el aumento de jóvenes en las cárceles han reducido las tasas de delincuencia. No tocan sus causas estructurales.

El mito actúa para muchos jóvenes pobres como la "profecía que se autorealiza". Los condena a través de la discriminación a exclusiones severas, los hace vulnerables al delito, después les aplica políticas de represión extrema, hasta convertirlos ya degradados y sin casi salida posible en carne de cañón para las bandas.

V. LAS SALIDAS

Se han reconstruido aspectos centrales del contexto en que vive la juventud latinoamericana actualmente. ¿Qué puede hacerse al respecto?. Muchísimo, si se superan los mitos, se profundiza sobre las causas reales de los problemas, y se las ataca. **Los jóvenes de la región no son ni faltos de inquietudes, ni carentes de interés en trabajar, ni violentos. Tienen un potencial inmenso como lo han demostrado cuando se crean condiciones propicias. El tema es generarlas.**

La primera cuestión que se abre es la de que las políticas públicas y la sociedad deben incorporar la juventud con una cuestión fundamental de la gran agenda nacional. Ello no está sucediendo. Analizando los resultados de estudios sobre las políticas de juventud aplicadas en la región andina en Bolivia, Colombia, Ecuador, Perú y Venezuela, Bernales (1999) señala que muestran: "el retardo con el que el Estado ha incorporado el tema de juventud a su estructura institucional, y de adopción de políticas, la orientación vertical y paternalista que prima en la mayor parte de ellas, el contenido elitista y selectivo que persiste en algunas de las políticas".

Incorporar el tema de la juventud en un lugar central será útil para los jóvenes pero asimismo fundamental para construir un modelo de desarrollo sustentable y equilibrado en la región. Existe consenso creciente en que el mismo debe encarar como objetivos básicos el enfrentamiento de la pobreza, y la reducción de las desigualdades que son una de sus causas ejes.

La lucha por la equidad no es abstracta. Debe librarse en cuestiones concretas. Los jóvenes son como se ha visto en este trabajo casi el epicentro de las grandes desigualdades características de la región.

Son así quienes teniendo enorme potencial para las nuevas tecnologías y formas organizacionales, sufren tasas mayores de desocupación, quienes teniendo todas las motivaciones para estudiar no logran completar la secundaria por las restricciones del contexto, quienes anhelantes de vida y proyectos tienen cifras de mortalidad desproporcionadas por la violencia. Sus coeficientes de Gini de acceso a ingresos, la tierra, el crédito, educación de calidad, son de los más bajos de la sociedad.

Mejorar sus oportunidades es una forma muy práctica de impactar un punto neurálgico de la desigualdad latinoamericana.

Ello no se logrará con acciones espectaculares, pero que no cambian las condiciones objetivas estructurales. Muy bien previenen los informes realizados sobre la juventud de la región andina (Bernal, 1999): "debe acabarse la etapa de resultados inmediatistas y efectistas, donde lo que interesa es la ejecución de un programa por el programa y no la posibilidad de transformación en el sujeto mismo".

Se requiere forjar un gran pacto nacional en torno a la juventud. Una concertación de esfuerzos entre la política pública que debe tener un papel central como representante de toda la sociedad, la empresa privada, las iglesias, las Universidades, las organizaciones básicas de la sociedad civil, y todos los actores sociales.

Entre otros aspectos estratégicos será necesario fortalecer mediante políticas sistemáticas de protección a su desarrollo la institución familiar ámbito básico de formación de los jóvenes, refugio como se ha visto de sus confidencias, lugar de algunos de sus afectos más queridos.

Por otra parte es preciso reducir sustancialmente la deserción y la repetición escolar, y extender considerablemente la escolaridad joven. Deben enfrentarse las agudas brechas de inequidad, y generalizar una educación de buena calidad. Se hacen necesario para ello instrumentos acordes con las realidades, acompañar el sistema escolar formal con entradas para las diferentes edades y situaciones. Es significativo el éxito que comienzan a tener modalidades como las escuelas de reingreso para jóvenes desertores, los clubes de jóvenes, y las escuelas abiertas.

Esta última experiencia patrocinada por la UNESCO del Brasil, y llevada a cabo primero en Sao Pablo y luego en otras ciudades por las instancias educativas correspondientes y ahora en proceso de generalización a todo el país por sus excelentes resultados, y en replica en otros, muestra muy bien las grandes posibilidades abiertas.

La escuela abierta abre la escuela los fines de semana en zonas humildes, para los niños, los jóvenes, y sus familias, y les ofrece actividades culturales de todo orden, deportivas, aprendizaje de oficios. Rompiendo todas las suposiciones de falta de inquietudes, millones de jóvenes acudieron a ella, las tasas de deserción se redujeron, descendió la violencia en la escuela, y entre otros productos los jóvenes tomaron nuevo aprecio por la escuela. Mostraron una vez más que cuando hay propuestas serias, transparentes y acordes a sus reales necesidades responden.

Se necesita trabajar en salud con enfoque específico para jóvenes atacando frontalmente su agenda de salud que como se ha visto tiene sus propias especificidades.

El campo del trabajo es crucial. Es fundamental asegurar al joven la oportunidad de un primer empleo. Reducir rápidamente esta cifra de tantas consecuencias de jóvenes que no trabajan, ni estudian. Se necesitan ideas imaginativas donde la política pública catalice energías de toda la sociedad. Mostrando la amplísima gama de posibilidades un informe especializado (Celade-Cepal 2000) sugiere entre ellas: sistemas más efectivos de formación profesional, programas específicos de capacitación laboral para jóvenes de hogares pobres, servicios de empleo, iniciativas locales de empleo.

El voluntariado puede ser un canal muy importante para convocar y movilizar a la juventud de la región. No debe ser visto como una actividad marginal, sino como un campo abierto a desarrollar sistemáticamente a través de políticas publicas activas, alianzas sociales amplias, y una valorización continua del rol que puede jugar en la sociedad. Programas como

Faça Parte en Brasil que promueve su práctica sistemática en las escuelas, o Servicio País en Chile que lo hace con los egresados universitarios jóvenes, muestran caminos en esa dirección.

El voluntariado es al mismo tiempo que una alternativa de pura positividad para canalizar potencialidades juveniles, un marco constructivo de vinculación social, y una escuela de líderes. Estudios internacionales concluyen que los ciudadanos que ya adultos son ciudadanos activos y se integran a todo tipo de actividades de servicio, han participado normalmente cuando adolescentes y jóvenes en organizaciones voluntarias (Younis, McLellan y Yates, 1997)

El desarrollo de líderes en las organizaciones voluntarias aparece al respecto como un campo estratégico clave. Los promisorios resultados que esta logrando el Programa Regional de Liderazgo y Desarrollo Social de la Fundación Kellogg así lo indican. Esta pionera experiencia enfocada hacia líderes jóvenes de organizaciones voluntarias de base con amplia inclusión de los sectores indígenas, trabajadores, mujeres, afroamericanos, y otros ha encontrado un capital social formidable. Apostar a esos líderes a través de metodologías totalmente participativas como lo hace este innovador programa es una dirección de trabajo fundamental para el futuro.

Estos y muchos otros cursos de acción necesarios son viables. Así lo demuestran los progresos en las sociedades que han comenzado a intentarlos. Desde ya deben inscribirse en esfuerzos generales más amplios de reforma estructural. América Latina un continente tan pleno en posibilidades económicas, y hoy en un tan positivo proceso de democratización, no puede tener los niveles de pobreza y desigualdad que lo caracterizan. La América Latina actual desperdicia el potencial productivo de casi la mitad de su población y de sus jóvenes a través de los mecanismos de exclusión social operantes.

La ciudadanía reclama en forma cada vez más activa reformas de fondo que democraticen la economía, abran oportunidades productivas para todos y conduzcan a una inclusión social universal.

Un prominente filósofo contemporáneo Charles Taylor (1995) razona en su difundido libro sobre la "Ética de la autenticidad" en que se observa en el mundo contemporáneo una desilusión de la vida en vastos sectores jóvenes. En su opinión está vinculada con varios factores. Uno de ellos la perdida del "sentido heroico de la vida" de hacer cosas en conjunto por metas de interés colectivo. Otro que se ha dejado de discutir sobre los fines últimos de la existencia, los objetivos éticos que le dan sentidos. Todo se concentra en una discusión sobre tecnologías, y consumos sobre los medios, y los medios han tendido a convertirse en fines en si

mismos desplazando a esos fines últimos. Esto genera confusión y desaliento en los jóvenes. En tercer término hay tendencias muy fuertes a la atomización, y el aislamiento.

Todos estos males culturales se hallan presentes en la región, y la juventud es efectivamente particularmente sensible a ellos. Si se acepta su singularidad, si se comprende que lo que quiere es justamente causas donde se recupere ese sentido heroico, fines éticos claros, modelos de referencia personales que significan conductas éticas, recomponer la socialidad, y se le facilitan condiciones familiares, educacionales, de salud, laborales, que reconstruyan su contexto de oportunidades pueden esperarse resultados asombrosos.

La juventud de América Latina está sedienta de ideales y todavía no ha dicho al Continente lo que puede decirle.

NOTAS

- (1) El autor profundiza el análisis de las desigualdades latinoamericanas en sus obras: “Más ética, más desarrollo” (TEMAS, 2004) y “Desigualdade na America Latina” (UNESCO, Cortez, Brasilia, 2000)

REFERENCIAS

- Abdala, Ernesto (2002). Jóvenes, educación y empleo en América Latina. CINTERFOR. OIT. Uruguay.
- Banco Interamericano de Desarrollo (1998). Informe de progreso económico y social.
- Banco Mundial (2004). Desigualdad en América Latina: ¿ruptura con la historia?. Washington DC.
- Bernaldes, Ballesteros Enrique (1999). Políticas de juventud en América Latina: evaluación y diseño. Análisis de casos nacionales en países de la región andina. Lima.
- Carlson, Ingrid y J. Mark Payne (2002). Estudio comparativo de estadísticas de empleo público en 26 países de América Latina y el Caribe. Dialogo Regional de Políticas. BID. Washington DC.
- Castillo, Edith (2004). Situación actual de jóvenes en Panamá. Consejo Nacional de Juventud de Panamá. Panamá.
- CELADE-CEPAL (2000). Juventud, población y desarrollo: problemas, posibilidades, y desafíos. Santiago de Chile.
- Centro de Implementación de Políticas Públicas para la equidad y el crecimiento (CIPPEC) (2004). Estudio sobre educación en las provincias argentinas. Buenos Aires.
- CEPAL, Organización Iberoamericana de la Juventud (2004). La Juventud en Iberoamérica: tendencias y urgencias. Santiago de Chile.
- Chillan Reyes, Jury (2004). Secretario General de la Organización Iberoamericana de la Juventud. Presentación de la XII Conferencia Iberoamericana de Ministros de la Juventud. México.
- Clarín (2004). Piqueteros realizan una bicicletada por los jóvenes. 28 de Diciembre.
- Filgueira, Carlos, Peri Andres (2004). América Latina: los rostros de la pobreza y sus causas determinantes. CELADE-CEPAL. Santiago de Chile.
- Kaztman, Ruben (1997). Marginalidad e integración social en Uruguay. Revista de la CEPAL No. 62. Santiago de Chile.
- La Nación (2004). Hay chicos que tienen que pelear su lugar. Buenos Aires, Diciembre 5.
- Pepe, Osvaldo (2004). Sucedió este año. Clarín, 28 de Diciembre.
- PNUD (2004). Índice de desarrollo Municipal en México. México.
- Sen, Amartya (1981). Poverty and famines. Oxford. Clarendon Press.

- Tausk, Juan (2002). Investigación sobre efectos psicológicos del desempleo. Universidad de Buenos Aires. Facultad de Psicología.
- Tokman, Víctor E. (1996). Jóvenes, formación y empleabilidad. VIII Conferencia Iberoamericana de Ministros de Juventud. Buenos Aires, 31 de Julio a 3 de agosto.
- UNICEF (2004). Igualdad con dignidad: hacia nuevas formas de actuación con la niñez indígena en América Latina.
- UNICEF. Comisión Interamericana de Derechos Humanos (2004). Informe sobre visitas de observación a Guatemala, El Salvador y Honduras.
- Vega, Jeanette y otros (2003). En "Desafío a la falta de equidad en salud". OPS, Fundación Rockefeller. Washington DC.
- Youniss, James Jeffrey, A. McLellan y Miranda Yates (1997). What we know about engendering civic identity. American Behavioral Scientist. March-April.